

La futbolización de la política en Colombia: el rechazo a la paz, Miami y la brutal patria boba del siglo XXI

Ómar Vargas / *University of Miami*

El Comité Noruego del Nobel ha decidido dar el premio Nobel de la Paz de 2016 al presidente de Colombia Juan Manuel Santos por sus esfuerzos resolutos para poner fin a la guerra civil de más de 50 años de duración, una guerra que ha costado la vida a por lo menos 220 000 colombianos y ha causado el desplazamiento de cerca de seis millones de habitantes.

Es la convicción del Comité Noruego del Nobel que el presidente Santos, a pesar de la mayoría del “no” en el plebiscito, ha acercado considerablemente el conflicto sangriento a una solución pacífica y que gran parte de los cimientos se han dado tanto para un desarme verificable de la guerrilla de las FARC como para un proceso histórico nacional de fraternidad y reconciliación. Por lo tanto, sus esfuerzos llenan los criterios y cumplen con el espíritu del testamento de Alfred Nobel.

Oslo, 7 de octubre de 2016.

El plebiscito por la paz

El domingo 2 de octubre de 2016 los colombianos fueron convocados a las urnas para votar en un plebiscito por la paz entre el estado y el grupo guerrillero de las FARC, respondiendo Sí o No a la pregunta “¿Apoya el acuerdo final para la terminación del conflicto y construcción de una paz estable y duradera?”. Este conflicto armado, tan solo uno más de los que han acompañado la traumática realidad del país a lo largo de su historia republicana, se originó en mayo de 1964 cuando grupos de autodefensa campesina reaccionaron a bombardeos del ejército y formaron la agrupación guerrillera. Con el paso de los años el desafío de las FARC al estado dejó de ser una lucha para tomarse el poder e implementar reivindicaciones sociales, a la luz de una ideología promarxista, para convertirse en un entramado de actividades ilegales que incluían secuestros, control territorial y tráfico de drogas y armas. La respuesta del estado colombiano supuso acciones comparables en su dimensión transgresora y sombría, con la particularidad de que la lucha contra la subversión se convirtió en un escudo conveniente para el enriquecimiento, el despojo de tierras y el desplazamiento de campesinos por parte de sectores privilegiados de la sociedad, que se apoyaron en ejércitos privados y en economías ilícitas para alcanzar sus objetivos. Para complicar la situación, el proceso de paz, iniciado por el presidente Juan Manuel Santos en 2012, fue visto por Álvaro Uribe Vélez, su antecesor y mentor, como un acto de traición y desvío de sus orientaciones políticas. Bajo la bandera de evitar concesiones y premios a los guerrilleros, Uribe se constituyó en el principal opositor del acuerdo de paz. En realidad, su estrategia buscaba su propia protección y la de políticos, empresarios, terratenientes y militares afines a su causa y contraparte fundamental en la espiral de delitos y violencia, para no rendir cuenta de su papel en el conflicto.

Con disciplina y constancia Uribe construyó y difundió una prédica de negación de la noción misma de conflicto, que implica la existencia y confrontación de fuerzas opuestas, para satanizar a unos y ennoblecer a otros. Según esta argumentación, en el país lo que había existido era una amenaza terrorista, discurso que, al tiempo, ponía todo el peso de la responsabilidad en las guerrillas, deslegitimizaba cualquier tratado y absolvía de culpa al estado y al establecimiento. Así, de acuerdo con esta óptica, el proceso era solo una herramienta para premiar a los peores criminales y para permitir que se instauraran peligrosas ideas revolucionarias, que ya habían fracasado en Cuba y Venezuela. Esta prédica tuvo acogida y generó la indignación necesaria para que muchos salieran a votar con la rabia que tal desafuero producía.

La apuesta opositora, difundida por medio de una hábil y efectiva estrategia mediática, dio frutos y, por un estrecho margen (50.2% contra 49.7%), el No triunfó sobre el Sí. La participación en el plebiscito fue la más baja en cualquier certamen electoral en 22 años. De aproximadamente 35 millones de ciudadanos habilitados para votar, solo lo hicieron un poco más de 13 millones. El resultado consolidado fue de 6.377.464 votos por el Sí y 6.431.372 votos por el No, o sea que la ventaja de los ganadores fue de 53.908 votos (BBC 2016).

El desconcierto que generó este resultado todavía se siente. ¿Cómo es posible que los colombianos hayan preferido el castigo, la intransigencia y la protección a personas e intereses particulares a la posibilidad de perdonar, olvidar y empezar de cero la construcción de una nueva y prometedora historia?

Más allá del resultado numérico, el plebiscito de 2016 reveló una forma específica de vivir lo político en Colombia:

una experiencia marcada por la lógica del enfrentamiento binario, la adhesión emocional y la negación del adversario. Para amplios sectores de la población, el ejercicio electoral no se tramitó como un proceso deliberativo orientado a la reconciliación, sino como una confrontación simbólica vivida con la intensidad y los códigos de un evento deportivo. Este ensayo propone que dicha experiencia no es contingente, sino que responde a un proceso más amplio de futbolización de la vida pública, entendido como la transferencia de valores, rituales y formas de identificación propias del fútbol al campo de la política. A partir de este marco, se examina el rechazo al acuerdo de paz y su particular intensificación en la diáspora colombiana en la ciudad de Miami. Dado que el fútbol hace parte de una estructura más grande que incluye a los diversos medios de comunicación y que maneja hegemonicamente los más altos y privados intereses económicos, el texto se apoya mayormente en registros de prensa hablada y escrita que ratifican la acción coordinada en que estos medios consignan el acontecer diario y la actividad futbolística para optimizar el adoctrinamiento ideológico de la población.

Confluencias del fútbol e ideas de extrema derecha

El día del plebiscito muchos colombianos acudieron a los puestos de votación, tanto dentro como fuera del país, vestidos con camisetas amarillas de la selección de fútbol. Y es que la actitud apasionada y nacionalista de los votantes resulta ser una convergencia de los primitivos arrebatos que el fútbol y sus asociados principios políticos de derecha desencadenan en los colombianos. Estos arrebatos se manifiestan, por ejemplo, en la ritualización del acto electoral como espectáculo deportivo —camisetas de la selección, consignas patrióticas, celebraciones y derrotas vividas como finales de campeonato— y en la adopción acrítica de discursos de autoridad y exclusión que los medios deportivos y políticos reproducen de manera convergente.

La confluencia del fútbol con ideas y prácticas políticas de extrema derecha en otros lugares y en otros momentos está bien documentada. Piénsese por ejemplo en la situación de la selección brasileña campeona del mundial de fútbol celebrado en México en 1970. El equipo, y en particular Pelé, la estrella de este conjunto y para muchos críticos y aficionados el mejor jugador de la historia, fueron instrumentalizados por el presidente y militar Emilio Garrastazu Medici para promover y validar su régimen, parte de una dictadura que duró de 1964 a 1985. Durante el apogeo de la carrera de Pelé, en 1968, el dictador instauró el llamado Acto Institucional 5 que le otorgaba poderes extraordinarios, a la vez que eliminaba libertades civiles. Muchos brasileños fueron víctimas de torturas, detenciones arbitrarias y desapariciones. El general Medici podía ser visto siguiendo juegos de fútbol en los estadios de Brasil mientras se cometían atroces delitos y violaciones a los derechos humanos en sus cárceles. Era claro que

uno de sus objetivos era el uso de la imagen de Pelé para maquillar sus atropellos. El jugador, de extracción humilde y de mucha ingenuidad política, fue colocado en una posición difícil por las tácticas mediáticas de la dictadura. El 22 de noviembre de 1969, tres días después de que Pelé anotara su gol número mil, fue convocado a Brasilia para ser saludado por Medici. La imagen que transmitió el jugador fue controver-sial pues, en el fuego cruzado de la política y el juego, Pelé apareció como un actor sumiso de la realidad nacional. Al año siguiente, desavenencias suyas con Joao Saldanha, el entrenador del seleccionado que estaba a punto de participar en el campeonato mundial de México, hicieron que los directivos de la confederación brasileña de fútbol, instigados por miembros del alto gobierno, optaran por sustituir al técnico para preservar al ídolo. La dictadura quiso adjudicarse la victoria en el mundial. Pero el genio de Pelé prevaleció con el tiempo.

El autor argentino Osvaldo Bayer nos explica el caso especial del mundial de fútbol celebrado en Argentina en 1978. Bayer afirma que, tal como en 1934 Mussolini en el campeonato mundial de fútbol y en 1936 Hitler en las Olimpiadas, los dictadores usan siempre el deporte para sus designios totalitarios (Bayer 2016, 135). Luego agrega, invocando a los desaparecidos y a la Escuela Mecánica de la Armada, uno de los siniestros centros clandestinos de detención y tortura durante la dictadura militar de 1976-1983:

La dictadura de los militares tiene una gran oportunidad. El campeonato mundial de fútbol. Televisión en colores para olvidar la ignominia de la Escuela Mecánica de la Armada; nuevos estadios para acallar los gritos de los torturados y las violadas; nuevas instalaciones en aeropuertos para blanquear la conciencia de una sociedad que se calló la boca. Obras faraónicas para un país con millones de seres en viviendas de cartón y sin agua; para un país con escuelas ruinosas y hospitales que se caen solos; para un país que diez años antes había comenzado a construir su Biblioteca Nacional y ahí está, en estado vergonzante para la cultura nacional (Bayer 2016, 135).

Una posible excepción, o por lo menos un importante matiz, a la derechización del fútbol tiene que ver con la situación de las selecciones de Francia campeonas en los mundiales de 1998 y 2018. En ambos casos el fútbol se convirtió en una reivindicación de la diversidad e integración racial y del impacto de la migración, causas completamente opuestas a los idearios nacionalistas y conservadores. Los equipos campeones estaban conformados por descendientes de inmigrantes y miembros de territorios franceses de ultramar, por lo que se hizo popular la expresión *black-blanc-beur*, que combina palabras en inglés y francés y que se puede traducir como *negro-blanco-árabe*, para representar la armonía de una sociedad multirracial y multicultural.

La expresión fue inicialmente usada en Francia en 1983 durante una marcha por la igualdad y en contra del racismo, según explica el autor Laurent Dubois. Sin embargo, las reacciones a esta situación no fueron, ni siguen siendo, en absoluto categóricas. En primer lugar, una gran mayoría de franceses prefirió ignorar y no ser partícipe de estos logros deportivos por no sentirse representados por tal diversidad. También aparecieron aquellos que solo trataron de aprovechar la circunstancia para sacar réditos políticos. Por último, hubo un sector que, sin mucha sinceridad ni convicción, celebró los triunfos y la nueva realidad por la conveniencia de aparecer como políticamente correctos (Dubois 2010).

El voto por el plebiscito en Miami

La votación de colombianos en el exterior, en particular en la ciudad de Miami, puede arrojar pistas acerca de los complejos procesos emocionales e ideológicos que condujeron a la derrota del Sí. También con una considerable abstención, los resultados en los consulados fueron contrarios a los del país, con un 54,13% (44.801 votos) por el Sí y 45,86%. (37.955 votos) por el No. Uno de los pocos países en donde prevaleció el rechazo fue Estados Unidos, donde hubo un 37,51% (12.816 votos) por el Sí y 62,48% (21.347 votos) por el No (Infobae 2016).

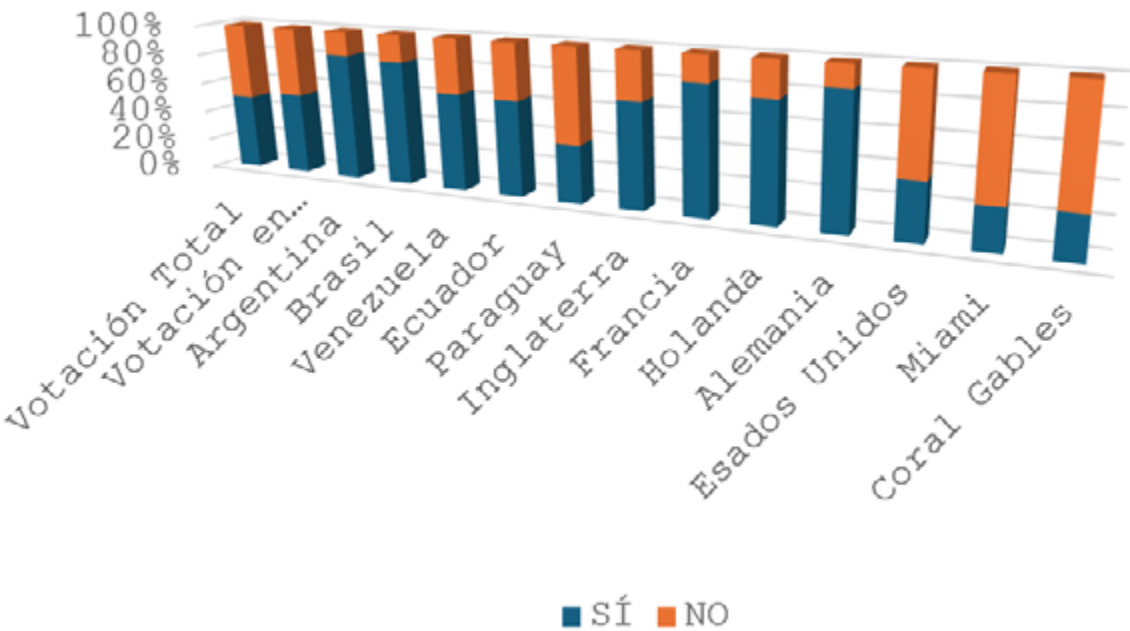


Ilustración 1: Cuadro comparativo de los resultados por el Sí y por el No en el plebiscito por la Paz de 2016.
 Fuente: Registraduría Nacional del Estado Civil.

Estados Unidos. España y Venezuela han sido tradicionalmente los destinos predilectos de la emigración colombiana. Del total de los colombianos en el exterior hacia 2016, 30% estaban en Estados Unidos, 23% en España y 20% en Venezuela (Ramírez H. y Mendoza S. 2013, 42). Se estima que alrededor de 1.300.000 colombianos viven en Estados

Unidos. Casi 450.000 habitan en el estado de la Florida y un poco más de 200.000 en la ciudad de Miami (Chaves-González y Batalova 2023). En esta ciudad, los resultados del plebiscito representaron una abrumadora victoria por el No, como se puede ver en los siguientes cuadros:

Votación de los colombianos en la ciudad de Miami durante el plebiscito por la paz, 2016			
Puesto de votación	No	Sí	Total General
Coral Gables	3630	1441	5078

Hialeah	858	289	1147
Kendall	1963	558	2523
Plantation	1074	426	1502
Sarasota	129	67	196
Palm Beach	886	279	1165
Weston	1939	708	2709
Total	10479	3828	14320

Ilustración 2: Resultados de la votación en el consulado de Miami, plebiscito por la paz, 2016.

Fuente: Registraduría Nacional del Estado Civil.

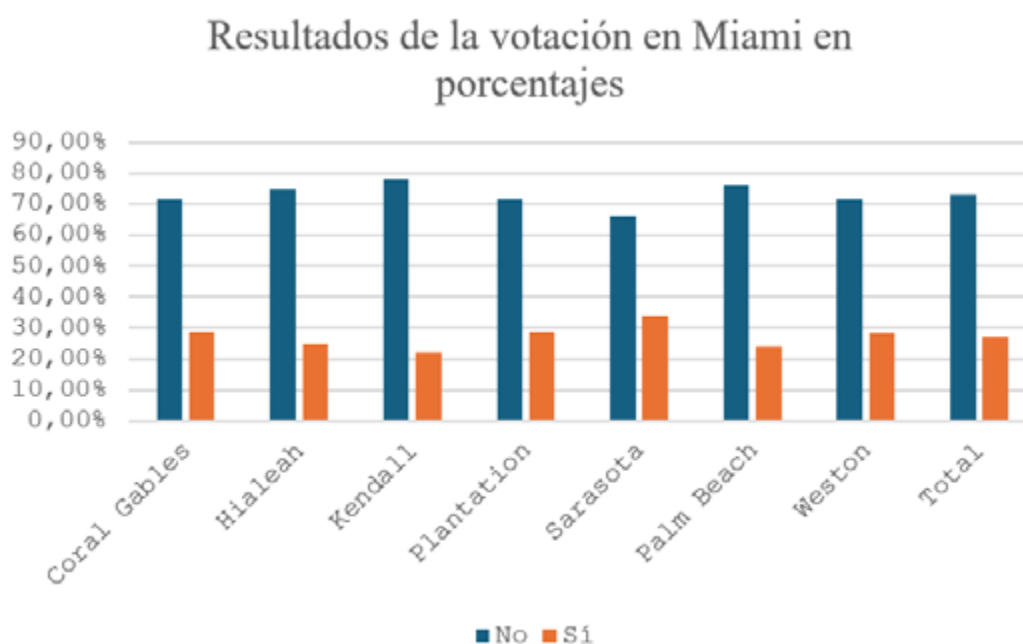


Ilustración 3: Resultados de la votación por porcentajes en los diferentes puestos de votación de la ciudad de Miami, 2016

Además de la búsqueda de nuevas oportunidades y de huir de la violencia y la pobreza, los colombianos encuentran en Miami un espacio ideal para emigrar por razones como el predominio del español, el fácil ajuste cultural y la cercanía a su país, entre muchos otros factores. Un colombiano tiene acceso en la Florida a los mismos programas de radio y televisión que hay en Colombia. Casi todos los servicios de televisión por cable ofrecen en sus paquetes de programación versiones internacionales de los dos principales canales privados colombianos. Por otra parte, estos nacionales mantienen contacto casi a diario con sus familias en Colombia. Por tanto, su interés e información sobre lo que ocurre en su país no es esencialmente diferente del de sus compatriotas locales. Otro hecho notable en la Florida y en la ciudad de Miami es que los colombianos hacen causa común con

inmigrantes cubanos y venezolanos en su rechazo a cualquier idea de izquierda. Las sombras de Fidel Castro, Hugo Chávez y Nicolás Maduro se yerguen como señales amenazantes de lo que podría ocurrir con su país si se permitiese la más mínima asociación con guerrilleros o simpatizantes de causas revolucionarias.

El llamado conflicto interno armado, por ser categorizado como una guerra de baja intensidad y larga duración entre el estado colombiano, grupos guerrilleros de extrema izquierda y grupos paramilitares de extrema derecha, con participación de bandas de narcotráfico y otras organizaciones criminales, se ha desarrollado mayormente en espacios rurales del país durante algo más de 60 años. Para la mayoría de los habitantes de las ciudades, los enfrentamientos son más asuntos que

siguen a través de medios de comunicación que perturbaciones en su propio entorno físico. Esta realidad es amplificada en Miami, ciudad que se conoce como la capital de América Latina, pero que se puede asumir mejor como el refugio y centro de operaciones de la política de derecha de esta región, la cual además cuenta con el apoyo y la simpatía de su contraparte estadounidense.

Un análisis comparativo de la votación de colombianos en otras elecciones en Estados Unidos, España y Venezuela, en particular en las presidenciales de 2014 y 2018, ratifica que las tendencias políticas de los nacionales en estos tres países se encuentran en partidos políticos de centro derecha y que es evidente el apoyo al Centro Democrático, el partido de Álvaro Uribe, como forma particular de interpretación social, política y jurídica. Además, los colombianos en el exterior siguen las mismas líneas discursivas desarrolladas en el territorio nacional (Casas y Piedrahita Bustamante 2021, 12). El hecho que Álvaro Uribe esté teniendo que responder desde 2018 ante la justicia colombiana por acusaciones de manipulación de testigos y fraude procesal, lo cual lo llevó a estar en prisión domiciliaria en 2020 y a juicio en 2025, ha hecho que sus simpatizantes en Miami le den inusuales muestras de apoyo. En octubre de 2020 el condado de Miami-Dade aprobó una proposición para nombrar una calle en su honor. Así surgió la calle “President Álvaro Uribe Vélez Way” (Hanks y Chacin 2020).

Amarillo, azul, rojo y coloraciones indefinibles

Los resultados del plebiscito representaron una victoria para las agrupaciones de derecha que tradicionalmente han dominado la política del país. Pero ¿cómo ha sido el trasegar de las diferencias ideológicas a lo largo de la historia de Colombia? ¿Cómo y cuándo entra el fútbol a jugar un papel determinante en esas contiendas?

Ya durante los últimos estertores de la vida colonial hay una primera manifestación de las divisiones con el surgimiento de los bandos independentista, que abogaba por la independencia de España, y centralista, que defendía la permanencia de los españoles en el gobierno del virreinato de la Nueva Granada mientras la península recobraba el poder perdido a manos de la invasión napoleónica. Al producirse la independencia en 1810 la alineación de fuerzas surge en torno al modelo de gobierno autónomo. Mientras unos propendían por una autoridad central, otros abogaban por una estructura que diera prioridad y autonomía a las regiones. En medio de un frágil e inestable comienzo de vida independiente, las tensiones entre unos y otros probaron ser una invitación para el fracaso, lo que en efecto condujo a la reconquista española que se finiquitó en 1816. Este período de 1810-1816 es convencionalmente conocido por los historiadores como “La Patria Boba” (Lozano Villegas 2015, 14).

Hacia mediados del siglo XIX se forman oficialmente los dos partidos tradicionales, el liberal en 1848 y el conservador en 1849 (Lozano Villegas 2015, 23). Una de las mayores discrepancias entre los dos tuvo que ver fundamentalmente con las concepciones opuestas en cuanto a las relaciones del estado con la jerarquía eclesiástica. Mientras los liberales buscaban no inmiscuir al clero en las funciones de gobierno y quitarle privilegios tributarios, educativos y territoriales, los conservadores fundaban su razón de ser en ver a la iglesia como elemento unificador de la identidad nacional. Muchos de estos conflictos durante gran parte del siglo XIX, sobre todo bajo administraciones liberales, son el resultado de la posición intransigente, tradicionalista y antimodernista de la iglesia. En un país en construcción económica, social y cultural, el clero tenía la ventaja, adquirida desde tiempos coloniales, de un mejor posicionamiento que el propio estado en términos de recursos económicos, personal y cobertura territorial para tareas de gobierno y administración. Es a finales de ese siglo XIX, y después de numerosos períodos de fricción, que se llega al convencimiento pragmático, por parte de las autoridades civiles, de que las creencias religiosas constituyen el elemento esencial de unidad y orden social. Por medio de un concordato entre el Vaticano y el estado colombiano, la iglesia católica pasa a estar encargada del control de la educación y de la institución familiar. Más adelante, a mediados del siglo XX, el liberalismo dio por cancelados los conflictos con la iglesia católica, lo que hizo que esta dejara de ser el elemento de división entre los dos partidos políticos. De esta manera, a través de la iglesia se ejerció vigilancia, disciplina y manipulación de la sociedad y se consolidaron los valores conservadores de la política y la cultura. Cuando la autoridad moral y cohesionadora de la iglesia comenzó a erosionarse en el siglo XX, el fútbol emergió como una alternativa poderosa para cumplir una función similar: producir identificación colectiva, ordenar lealtades, reforzar jerarquías y canalizar pasiones sociales bajo una retórica de unidad nacional.

Guerras civiles y cambios de poder entre liberales y conservadores suceden de manera rutinaria. Un punto álgido se presenta al final del siglo XIX y el comienzo del XX con la Guerra de los Mil Días. El triunfo conservador, seguido de un acuerdo mayormente incumplido, produce una hegemonía de este partido que dura 30 años y que es rota por un predominio liberal más corto de 16 años. Otro gran punto de quiebre sucede el 9 de abril de 1948, con el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. Este hecho consolida la versión moderna de la violencia partidista y social. Los colores azul y rojo de los conservadores y liberales, respectivamente, se convierten en banderas de odio, confrontación y muerte que encuentran un aparente respiro con el acuerdo en 1958 de una alternancia de 16 años de gobierno entre los dos partidos, conocida como el Frente Nacional.

El escritor Gabriel García Márquez representa muy bien las diferencias entre los partidos y el uso de sus colores en *Cien años de soledad*. En el capítulo 3, Apolinar Moscote, el

conservador corregidor de Macondo enviado por el gobierno central, instruye a los habitantes del pueblo a que pinten las fachadas de sus casas de color azul (García Márquez 1967, 52). Al comienzo del capítulo 7, el vaivén de cambios políticos se representa a través de las fachadas de las casas de Macondo, las cuales, inicialmente pintadas de azul, fueron luego pintadas de rojo y luego vueltas a pintar de azul, por lo que terminan por adquirir una coloración indefinible (García Márquez 1967, 109). Según palabras del coronel Aureliano Buendía, al final del capítulo 12, la única diferencia entre liberales y conservadores es que los liberales van a misa de cinco y los conservadores a misa de ocho (García Márquez 1967, 204). En realidad, un colombiano promedio es nominalmente liberal en unas cosas y conservador en otras. Lo cual significa que ese colombiano promedio es esencialmente conservador.

El comienzo de la liga profesional de fútbol trae aparejado de inmediato un nuevo alineamiento de tipo político. Cuatro meses después del asesinato de Gaitán, en agosto de 1948, se jugó el primer campeonato. Este deporte se venía practicando ya desde hacía varios años en forma no profesional tanto en ligas regionales, como en clubes sociales. La organización del torneo representó un triunfo empresarial, comercial y social que sirvió para distraer a la población de sus necesidades vitales y de la creciente violencia política. Si bien las ciudades principales presentaron equipos competitivos, el caso de la capital Bogotá es significativo en tanto que los dos equipos más importantes de la ciudad llevaron en sus uniformes precisamente los colores azul y rojo. Muchos hinchas tomaron la decisión de seguir a uno u otro basados en sus convicciones políticas. Y viceversa: muchas decisiones políticas y electorales se basaron en las simpatías futbolísticas.

Los creadores y organizadores del campeonato aprovecharon para el segundo torneo de 1949 una huelga de los Futbolistas Agremiados Argentinos que se declaró en noviembre de 1948 y que tuvo como consecuencia la migración de los mejores futbolistas argentinos a ligas extranjeras, lo que benefició a la liga colombiana, que se convirtió en el destino preferido, en gran parte porque la solidez económica de los organizadores les permitía pagar excelentes salarios y contratos sin reconocer comisión alguna a los clubes de origen (Herrera 2015). Este hecho hizo que se hablara de una edad dorada, o simplemente de “la época de El Dorado”, en el fútbol colombiano (El Tiempo 2012). Osvaldo Bayer ofrece un detallado recuento de este hecho desde la perspectiva de un seguidor argentino:

Entonces sobrevino el éxodo. Los más comprometidos resolvieron emigrar. Se fueron Pedernera, Rodolfo, Deambrosi, Perucca, Benegas, Néstor Rossi, Rial, Pontoni, Oscar Sastre, Maurín, Antonio Villarino, Osvaldo Pérez, Heráldo Ferreyro, Luis Ferreyra, Cozzi, Giúdice, Corzo, Antonio Báez, Hugo Reyes (cincuenta y siete jugadores argentinos) a Colombia.

Rinaldo Martino, Oscar Basso, Aballay, Boyé y Alarcón a Italia. José Manuel Moreno, a Chile. Y así, mientras el fútbol colombiano se engrandeció, el fútbol argentino sufrió una sangría de la que le costaría mucho reponerse (Bayer 2016, 80-1).

Bayer más adelante cita declaraciones de Adolfo Pedernera, una de las presencias más notables en la historia del fútbol colombiano, como jugador y director técnico, para explicar que con la huelga se consiguió, entre otras cosas, que los jugadores pudiesen cobrar a partir de entonces un 15% del precio de la venta de sus derechos deportivos. Sin embargo, la circunstancia de la emigración a Colombia de tantos jugadores fue responsable de que la FIFA, la organización rectora mundial del fútbol organizado, la expulsara acusándola de mantener una liga ilegal. El castigo además impedía que los jugadores internacionales del campeonato colombiano pudiesen participar en torneos organizados por la FIFA.

La desafluencia se resolvió en 1951 por medio del llamado Pacto de Lima, el cual garantizó el regreso de la federación colombiana a la FIFA bajo la condición de que, a más tardar en 1954, los jugadores regresaran a sus ligas de origen sin costos adicionales para los clubes colombianos (Carvajal Crespo 2009). De esta forma, el torneo nacional de mediados de los años 50 aterrizó en una realidad nada opulenta en lo económico y lo deportivo. La selección nacional, por otra parte, era muy difícil de formar y resultaba muy débil en las competencias debido a la escasez de cantidad y calidad de talento disponible, por lo que sus participaciones eran grandes fracasos y el equipo no registraba en el imaginario colectivo.

Este hecho cambiaría sustancialmente casi cuarenta años después. En 1985 una selección juvenil sorprendió en un torneo suramericano por su rendimiento y calidad de juego. La federación colombiana de fútbol empezó una especie de borrón y cuenta nueva que incluyó un nuevo diseño del uniforme competitivo. Se adoptó uno que se parecía a los colores de la bandera nacional, muy a despecho de la similitud con el que ya usaba la selección de Ecuador.

Desde entonces, tanto el desempeño deportivo como la identificación de los colombianos con su equipo han experimentado un crecimiento exponencial.



Ilustración 4: Selección Colombia, 1985, con el nuevo uniforme.

Fuente: imagen de circulación pública en internet. Uso ilustrativo con fines académicos.

La futbolización de la fiesta electoral

Los partidos de fútbol y las elecciones son vividos de maneras muy parecidas por los colombianos tanto dentro como fuera del territorio nacional. Cuando juega la selección, los aficionados se preparan desde muy temprano. Siguen información de los medios y organizan reuniones con familias y amigos para ver el juego. Casi todos se visten ese día con la camiseta amarilla del equipo. La tensión es notable. Las acciones del partido son seguidas con una mezcla de gritos, abrazos, reclamos y críticas dirigidas al televisor. Si hay una victoria, la celebración es desbordada y las calles se llenan de ruido. Si se trata de una derrota, reina el silencio y la amargura, de manera que las consecuentes reflexiones representan una extraña ocasión de profundas, solitarias y místicas meditaciones. Las autoridades, en distintos contextos de alta concentración de público, adoptan medidas preventivas —entre ellas restricciones al expendio de alcohol— para evitar riñas, desmanes y muertes. Algo parecido sucede un día de elecciones. La ley seca en los fines de semana electorales busca que haya juicio y ponderación en las decisiones de los votantes, quienes también visten prendas alusivas a la selección y siguen en sus radios y televisores los pormenores de los escrutinios como si se tratase de las acciones del juego. Las celebraciones de los triunfadores y la frustración de los derrotados se asemejan a las de los finales de los partidos.

Esta situación encaja dentro del concepto de “futbolización” de la sociedad en América Latina propuesto por los

autores Thomas Fischer, Romy Köhler y Stefan Reith en la introducción al volumen *Fútbol y sociedad en América Latina*. Afirman estos autores que, siendo el fútbol el deporte rey en esta región, los políticos tratan de aprovechar el despliegue mediático que el juego produce. Según ellos, en el fútbol y a través de él, “se organiza buena parte del tiempo libre, se da sentido a la vida y se negocian identidades de género, de etnia, de nación y de otras comunidades”, por lo que concluyen que en las sociedades de América Latina se ha presentado un proceso de “futbolización” (Fischer, Köhler y Reith 2021, 9).

En este mismo volumen el autor Aldo Panfichi explica que el fútbol ingresa a América Latina hacia finales del siglo XIX y principios del XX, en momentos en que se instaura allí el mercado mundial capitalista en lo que constituye la primera etapa de globalización económica y cultural. Por tanto, continúa Panfichi, “en el fútbol existen desde siempre intereses políticos que en algunos casos adquieren la forma de manipulación de los aficionados con fines electorales o de encubrimiento de acciones gubernamentales impopulares” (Panfichi 2021, 43).

La superposición del fútbol y la política en el plebiscito por la paz en Colombia venía ambientándose de forma intencional durante la primera administración de Juan Manuel Santos (2010-2014). Los asesores de Santos habían diseñado una estrategia mediática que consistía en valerse del apoyo que se empezó a brindar a los deportistas en su gobierno para de esta forma crear una identificación en el imaginario popular

de los triunfos deportivos con sus logros políticos. Sus objetivos principales fueron las Olimpiadas de Londres en 2012 y el mundial de fútbol de Brasil en 2014. En los juegos de Londres la delegación colombiana tuvo una notable actuación que le reportó un total de 9 medallas, incluyendo una de oro, mientras que en Brasil la selección tuvo su mejor desempeño histórico terminando en el quinto lugar y consagrando a James Rodríguez como el goleador del torneo. Estas participaciones estuvieron plagadas de mensajes por *Twitter* y otros actos mediáticos del presidente antes, durante y después de las competiciones. Por supuesto, el caso del fútbol generó mayor atención y réditos. La participación de la selección en el mundial empezó con victoria de 3-0 sobre la Selección de Grecia el sábado 14 de junio de 2014,

justamente el día anterior de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales que le darían la reelección a Santos para el período 2014-2018.

Siendo la paz la principal bandera de su campaña política por la reelección, Peter J. Watson explica:

La paz, la unidad nacional y los triunfos futbolísticos fueron unidos retóricamente por Santos como parte de una estrategia discursiva continua, aprovechándose del poder simbólico del fútbol y la ola de patriotismo que engendró la selección para estimular apoyo para su proyecto de unidad nacional y la paz con las FARC (Watson 2021, 187).



Ilustración 5: James Rodríguez y Juan Manuel Santos, 2014. Nótese la paloma de la paz sobre el escudo de la Federación en la camiseta de Santos.
Fuente: *Semana*, 2014. Uso ilustrativo con fines académicos.

Quizás porque en 2016 no hubo ningún éxito futbolístico notable, cuando Santos volvió a acudir a su estrategia para el plebiscito en 2016, en una aparentemente astuta jugada política, el efecto resultó siendo el opuesto, como lo demuestran tanto el ánimo popular como los resultados finales de esas elecciones.

Los medios de comunicación y la única izquierda que verdaderamente ama Colombia

En cierta forma, el fútbol reemplazó a la iglesia como factor aglutinador de valores nacionalistas y conservadores. Más aún, a través del fútbol se difunden discursos autoritarios, antidemocráticos, antisindicalistas, racistas, misóginos y de

sublimación de los monopolios, las jerarquías y la economía de mercado. Pero, sobre todo, de desprecio y rechazo por cualquier posible asociación con ideas de izquierda. En algunos casos, incluso, se hace apología a tendencias fascistas.

Algunos ejemplos de lo anterior a continuación. Como ya se ha dicho, es común que los hinchas utilicen la camiseta amarilla como elemento de reafirmación de identidad, valores patrióticos, honor y unión familiar. Pero también, que grupos de hinchas hagan saludos nazis al cantar los himnos regionales o nacionales que anteceden a los partidos. Los periodistas deportivos en diferentes medios de comunicación, los más determinantes en la generación de conocimiento y opinión por ser quienes tienen más audiencia, son claros en sus mensajes de normalización, celebración y adulación de los poderosos dueños de los equipos, cuyas decisiones ejemplifican

acciones y convicciones dictatoriales y arbitrarias. Estos periodistas trabajan para medios de comunicación que hacen parte de los poderosos grupos económicos. A través de estos medios, del fútbol y de otros productos culturales, se controla prácticamente todos los aspectos de las vidas de las personas.

De otra parte, la búsqueda por parte de jugadores de reivindicaciones salariales, o la sola posibilidad de organizarse en agremiaciones de tipo sindical, son vistas como transgresiones descalificadoras e inaceptables y atentados contra el fútbol. En efecto, en la ecuación patrón/trabajador ocurren notables abusos que no reciben el más mínimo reproche por parte de la prensa deportiva. El único título internacional que ha ganado la selección masculina sucedió en la Copa América celebrada en Colombia en 2001. Algunos de los equipos más fuertes de ese momento se negaron a asistir por considerar que había riesgos de seguridad debido precisamente al conflicto armado del estado colombiano con las FARC y otras agrupaciones guerrilleras. La final se disputó el 29 de julio de ese año entre Colombia y México. Iván Ramiro Córdoba, capitán de ese equipo, anotó el gol de la victoria para el título colombiano. La carrera deportiva de Córdoba es una de las más ilustres de la historia del balompié nacional. Sin embargo, acusado de instigar una huelga de futbolistas en 2005 en medio de un partido decisivo para la clasificación al mundial de 2006, fue vetado y nunca volvió a ser llamado a la selección. Un periodista, que muy probablemente promovió la decisión, justificó la determinación como una defensa de la esencia del fútbol diciendo: “Los dirigentes, en el derecho que tienen, escogen quién sí y quién no. Una persona que atenta contra la Selección, contra la clasificación al Mundial en aquella época y contra el fútbol en sí, promoviendo una huelga, pues obviamente no es bien mirado” (Infobae 2021a).

Esta posición en contra de las protestas y las huelgas no es exclusiva del mundo del fútbol. Muchos de estos periodistas han cruzado la línea de los comentarios deportivos para abordar asuntos de la realidad nacional bajo ópticas similares que terminan siendo proclamas fanáticas e intolerantes, típicas de discursos de extrema derecha. Cuando se produjo el llamado estallido social en 2019, una serie de protestas ciudadanas que reclamaban el desmonte de una reforma tributaria y que condujo a reclamos generales sobre la desigualdad social estructural y las pocas oportunidades para la juventud, entre algunos notables aspectos, la posición más socorrida de la prensa deportiva fue rechazar las protestas, exigir mano dura por parte del gobierno y el ejército y defender su particular derecho al trabajo, que se veía interrumpido por los efectos de las manifestaciones. El mismo periodista que alentó y justificó el veto a Córdoba llegó a identificar en una de sus diatribas en la radio a la gente que hace empresa con la verdadera clase trabajadora. Luego agregó que era necesario empoderarse para evitar que unos pocos vándalos mandasen desde el caos y que, con la policía y el ejército, el Estado debía usar todos los mecanismos a su alcance para impedir que la cosa privada y la cosa pública fuesen destruidas. Pero

su preocupación principal tenía que ver con la afectación del normal desarrollo de una fecha de la liga nacional de fútbol a causa de las protestas (Infobae 2021b). Se estima que, por acción de las autoridades invocadas por este periodista, durante la segunda parte del estallido social el 23 de julio de 2021, murieron aproximadamente 80 personas, hubo numerosos heridos y víctimas de abuso sexual, además de detenciones arbitrarias, entre muchos otros atropellos (Indepaz 2021).

La forma de operar de este tipo de periodistas es muy rudimentaria y superficial y no se diferencia de la de profesionales de otras ramas de la comunicación. Reproducen unos y otros en sus programas de radio y televisión esquemas dictatoriales en los cuales quienes los acompañan en transmisiones son meros actores pasivos y subordinados a su autoridad, que no deben contradecir o cuestionar. Por el contrario, se espera que tanto la audiencia como los subordinados adulen y celebren las intervenciones de estos líderes de la comunicación. Así mismo, en sus largos monólogos y editoriales, además de ocuparse de temas que desbordan lo exclusivamente deportivo, es común que representen la esencia del deporte organizado por medio de dinámicas estáticas en donde los equipos poderosos deben imponerse siempre y los débiles apenas pueden constituirse en tímidos animadores sin ninguna oportunidad real de triunfar. De esta forma, se replica un modelo de pensamiento que solo entiende un funcionamiento del mundo y del deporte desde valores patrióticos, de mercado y basados en el poder, la tradición y una autoridad vertical, que además se asume como ineluctable y que le confiere solidez y validez a cualquier pronunciamiento que el periodista de marras haga.

Cuando un jugador le anota un gol a un antiguo equipo y decide no celebrarlo por respeto a su pasado, su actitud es vista como una deslealtad con sus nuevos patrones, a quienes realmente se debe por ser ellos los que pagan su salario, según estos mismos periodistas. En esta lógica, el futbolista es reducido a una mercancía cuya valoración principal es el precio de su transferencia, quedando su autonomía laboral severamente limitada por estructuras contractuales, económicas y simbólicas que reproducen relaciones de subordinación extrema. Así, ideológicamente los comentarios también apuntan a una reafirmación de principios típicos de extrema derecha. Después de un gol fantástico del zurdo James Rodríguez, un narrador emocionado le grita a su audiencia, reafirmando la convicción de las preferencias políticas de la mayoría de la población y las suyas propias, que la de James es la única izquierda que ama Colombia.¹

De misoginia y otras huelgas

Según una nota de la periodista Pilar Cuarta Rodríguez, publicada en el diario *El Espectador* el 29 de noviembre de 2021, las principales autoridades del fútbol colombiano y los

dueños de los equipos “son un cartel que viola los derechos de los jugadores profesionales al exigir contratos únicos, crear estatutos que les impiden negociar los derechos de imagen colectivos, y construir listas negras de quienes han intentado alegar por sus derechos laborales o negociar su traspaso a otro club” (Cuartas Rodríguez 2021). A diferencia de otros trabajadores, los futbolistas no solo negocian una vinculación laboral con sus clubes, sino que también, según las regulaciones de su mercado, su derecho a jugar es tasado por medio de un valor comercial conocido como pase o derechos deportivos. La misma nota informa que cuando los jugadores deciden terminar de forma unilateral su relación con el club, alegando que hay causa justa para ello, el club reclama la vigencia del contrato laboral y afirma que sigue siendo titular de los derechos deportivos del jugador, los cuales no pueden ser adquiridos por otro club. Los presidentes de esos clubes solicitan a sus colegas abstenerse de contratar a estos jugadores invocando una solidaridad de gremio que se ha dado en llamar “pacto de caballeros” (Cuartas Rodríguez 2021). Pero también, concluye Cuartas Rodríguez, en otras ocasiones sucede que un club informa a los demás que un jugador particular terminó o está próximo a terminar la relación laboral y les solicita a los otros equipos que no negocien con este trabajador. La intención de este pacto es bloquear al jugador para que, en caso de querer vincularse con otro club en Colombia, no negocie sus derechos deportivos directamente como jugador libre, sino por intermedio de su antiguo empleador, quien de esta forma garantiza la obtención de beneficios económicos por la transacción, según la nota (Cuartas Rodríguez 2021).

El desarrollo del fútbol femenino en Colombia es destacado pues, además de excelentes resultados competitivos, ha contribuido a una saludable valoración de la posición de la mujer y a crear condiciones para que las relaciones entre parejas del mismo sexo sean vistas con normalidad y respeto en una sociedad extremadamente machista y tradicionalista. Las mujeres futbolistas suelen ser más abiertas y valientes al exponer públicamente sus preferencias sexuales, algo inimaginable en su contraparte masculina. Pero su situación laboral es ostensiblemente peor que la de los hombres. Según disposición normativa de la Confederación Sudamericana de Fútbol (CONMEBOL), cualquier equipo masculino que pretenda participar en torneos internacionales de la región deberá tener un primer equipo femenino o asociarse a un club que posea el mismo. Además, deberá tener por lo menos una categoría juvenil femenina o asociarse a un club que posea la misma. Esta decisión no ha sido bien recibida por algunos presidentes de clubes colombianos. En 2018 el ya fallecido Gabriel Camargo, entonces presidente del club Deportes Tolima de la ciudad de Ibagué, rechazó tajantemente la idea de un equipo femenino bajo su administración al menospreciar públicamente la participación de las mujeres en el fútbol y expresar que no se justifica su existencia. Camargo fue más lejos y acusó a las jugadoras de beber más alcohol que los hombres y promover el lesbianismo (BBC Mundo 2018). A principios de

mayo de 2025 Eduardo Dávila, presidente del Unión Magdalena de Santa Marta, también rechazó la creación de un equipo de mujeres bajo su organización afirmando: “Yo no estoy de acuerdo con el fútbol femenino. Ese no es un deporte para mujeres. Que vayan a jugar tenis, que vayan a jugar voleibol, dominó, pero fútbol no” (Minota Hurtado 2025).

Los maltratos a las futbolistas trascienden otras órbitas y magnifican las persecuciones y vetos a los que se ven abocados sus colegas masculinos cuando se trata de reclamar derechos y condiciones de dignidad como trabajadoras. Las jugadoras Isabella Echeverri y Melissa Ortiz denunciaron en 2018 que se sentían amenazadas por los directivos, ya que, al ser convocadas para jugar en la selección nacional, no recibían pagos e incluso, en muchos casos, debían cubrir ellas mismas gastos de transporte aéreo y de su propio uniforme competitivo (Torrado 2023). Ellas dos, junto con otras jugadoras —entre ellas Yoreli Rincón— fueron marginadas de las convocatorias durante varios años, mientras que Daniela Montoya logró posteriormente reincorporarse y consolidarse como figura central del seleccionado mayor.

Sobre finales y horrores

La futbolización de la sociedad colombiana es de tal magnitud, que el fútbol llega a convertirse tanto en la única prioridad de la población, al margen de sus dramas y problemas reales, como en el vehículo a través del cual se desfogan los impulsos más básicos y violentos. En la tarde del lunes 28 de marzo de 2022 el entonces presidente de Colombia, Iván Duque, reportó que en un operativo militar se había logrado dar de baja a 11 integrantes de las disidencias de las FARC y capturar a otros cuatro criminales en la vereda Alto Remanso de Puerto Leguizamó, en el departamento de Putumayo. Las disidencias de las FARC están compuestas por desertores que se han negado a acogerse al Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera (firmado el 24 de noviembre de 2016). El aparente triunfo militar fue luego registrado por los medios de comunicación como una masacre. Se pudo establecer que el operativo estuvo lleno de irregularidades dentro de las cuales se destaca que los militares alteraron evidencia en la escena de los supuestos combates, manipularon los cadáveres de civiles para hacerlos parecer como combatientes y que además robaron establecimientos locales. Los lugareños se habían reunido para celebrar un bazar con el propósito de recoger fondos para pavimentar una calle, de manera que se pudo confirmar que cuatro de las personas fallecidas, todas ellas desarmadas, eran el presidente de la Junta de Acción Comunal y su esposa, una mujer embarazada de 24 años, el líder de un resguardo indígena y un menor de 16 años. No obstante, el comandante del ejército, el general Eduardo Zapateiro, aseguró que el operativo había estado apegado al derecho humanitario y que esta no era la primera operación en donde caían mujeres

embarazadas y menores de edad que son combatientes (BBC Mundo 2022). La polémica y el horror por la masacre, que incluso llevó a que 36 legisladores presentaran una moción de censura que no prosperó contra Diego Molano, el ministro de defensa de la época, terminó saliendo rápidamente de los ciclos noticiosos pues el martes 29 la selección de fútbol se enfrentó a Venezuela para disputar el último y crucial partido de las eliminatorias sudamericanas para el mundial de Catar 2022. El juego terminó 1-0 a favor de los colombianos, con gol de “la única izquierda que ama Colombia”. Se dio fin de esta manera a una racha de 7 juegos consecutivos en que el equipo no pudo anotar, hecho que resultó determinante para que no se clasificara al mundial. Por supuesto, los aficionados y los medios estaban más perturbados e indignados buscando explicaciones y responsables por el fracaso deportivo que por la masacre del Alto Remanso y la muerte de inocentes mujeres embarazadas o menores de edad.

La llegada en 2022, por primera vez en la historia, de un presidente progresista de izquierda y no afiliado a los tradicionales partidos políticos, ha sido recibida con una mezcla de esperanza de unos y rechazo de otros. Los opositores al presidente Gustavo Petro aprovecharon los juegos de la selección en la ciudad de Barranquilla, a los cuales, por el alto costo de las entradas, asisten mayormente representantes de la alta sociedad y celebridades de la farándula y la política tradicional, para expresar su rechazo y pedir la salida del presidente. Lo cual nos trae de vuelta a la ciudad de Miami, durante la participación de la selección en la copa América de 2024. Se esperaba que los hinchas en esta ciudad, vestidos con las camisetas amarillas y que ocho años antes habían dicho no al plebiscito por la paz, gritaran “¡Fuera Petro!” delante de una audiencia mundial, justo cuando terminara la interpretación del himno nacional. Sin embargo, el juego y los actos protocolarios de la gran final, que iba a disputar el equipo colombiano contra la selección de Argentina el 14 de julio de 2024 en el Hard Rock Stadium, se vieron retrasados por desórdenes provocados por una avalancha de hinchas que, vistiendo sus camisetas amarillas, pretendían entrar a la fuerza al estadio. Quizás muchos de estos ciudadanos se creyeron con un derecho superior e incuestionable de estar presentes a como diese lugar en el momento en que su equipo dejaría de ser un asunto casi abstracto para ingresar en los dominios terrenales de su vecindario. Había que hacer cuanto fuese necesario para entrar al estadio y para impresionar a amigos y familiares en Colombia con imágenes exclusivas de su privilegio. Para colmo, el presidente de la Federación Colombiana de Fútbol fue detenido por la policía local al final del partido por agredir a una oficial que les había impedido a sus familiares ingresar a la premiación en la gramilla del estadio.

Lo ocurrido en Miami no constituye, sin embargo, una anomalía ni un simple exceso circunstancial asociado al fervor deportivo contemporáneo. Por el contrario, estos episodios remiten a una historia más larga de ritualización colectiva de la violencia en Colombia, en la que el espectáculo —sea

taurino, futbolístico o político— funciona como escenario privilegiado para la descarga de frustraciones, castigos ejemplares y pulsiones destructivas. En este sentido, la futbolización de la política y de la vida social no solo intensifica dinámicas recientes, sino que reactualiza formas de brutalidad que han acompañado al país desde hace décadas.

En el prólogo a *El Bogotazo, memorias del olvido*, un libro de Arturo Alape en donde minuciosamente se tratan los sucesos del 9 de abril de 1948, el escritor Pedro Gómez Valderrama alude a la brutalidad de las reacciones del colombiano promedio cuando describe un incidente relacionado con una corrida de toros a la que él mismo asistió:

Dos semanas antes del viernes 9 de abril de 1948, hubo en la Plaza de Santamaría una corrida de toros, a la cual asistí. El último toro resultó, infortunadamente, mansurrón, lento, sin ningún brío, sin respuesta alguna a los esfuerzos de los matadores, cuyos nombres no recuerdo. En el momento de la muerte, y después de ocho o diez pinchazos, el público ardía en ira. Un espontáneo se lanzó al ruedo. Después cuatro, cinco, diez, hasta que el público entero se volcó sobre la arena. Todos se lanzaron sobre el toro, y poco a poco fueron despedazándolo vivo, mientras se oían sus terribles mugidos. Unos arrancaron las orejas, otro la cola, hasta que el animal quedó descuartizado en vida por el público, como sanción al ganadero por el poco brío de la bestia (Gómez Valderrama 1983).

El 25 de febrero de 1997 miembros del bloque “Élmer Cárdenas” de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), una agrupación paramilitar que apoyaba al ejército y a poderosos ganaderos y empresarios en su lucha contra las FARC, emprendieron un operativo en el municipio Río Sucio, en el departamento del Chocó. El objetivo era limpiar el lugar de guerrilleros (Neira 2023). Una vez en el caserío Bijao, procedieron a desplazar, torturar, asesinar y mutilar a muchos habitantes. Al agricultor Marino López primero lo obligaron a bajar cocos; después, lo acusaron de guerrillero, lo insultaron, lo golpearon, le cortaron el cuerpo con un machete y lo decapitaron. Luego jugaron fútbol con su cabeza.

Vistos en conjunto, los episodios aquí analizados —el plebiscito por la paz de 2016, el comportamiento político de la diáspora colombiana en Miami y las expresiones extremas de violencia colectiva evocadas al final— permiten comprender la futbolización de la política no como una metáfora retórica, sino como un dispositivo cultural eficaz para la producción de consenso conservador y de rechazo a la diferencia. En este marco, el voto, como el partido, se vive desde la lógica del enfrentamiento absoluto, la lealtad incondicional y la desconfianza hacia toda forma de negociación o reconciliación. Miami aparece así no como una excepción,

sino como un espacio donde estas dinámicas se intensifican y se hacen más visibles, al confluir allí los medios, los discursos anticomunistas y las pasiones identitarias de una comunidad transnacional profundamente conectada con el acontecer colombiano. La “brutal patria boba” del siglo XXI, evocada

en el título, no remite entonces a un residuo del pasado, sino a la persistencia de una cultura política en la que la violencia simbólica y material, mediada por rituales colectivos como el fútbol, continúa desplazando el juicio crítico y bloqueando la posibilidad de imaginar una paz estable y duradera.

Obras citadas

- Alape, Arturo. 1983. *El Bogotazo. Memorias del olvido*. Bogotá: Planeta.
- Bayer, Osvaldo. 2016. *Fútbol argentino*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Planeta.
- BBC Mundo. 2016. “Colombia: ganó el ‘No’ en el plebiscito por los acuerdos de paz con las FARC”. 2 de octubre. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-37537187>.
- BBC Mundo. 2018. “El ataque de Gabriel Camargo al fútbol femenino que causa indignación en Colombia: ‘caldo de cultivo del lesbianismo’”. 21 de diciembre. <https://www.bbc.com/mundo/deportes-46647690>.
- BBC Mundo. 2022. “Qué pasó en la ‘masacre’ de Putumayo, el operativo militar que revive el fantasma de los falsos positivos en Colombia”. 13 de abril. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-61089697>.
- Carvajal Crespo, Tobías. 2009. “Así fue el famoso Pacto de Lima de 1951–1954”. *Arcotriunfal.com*, 20 de abril. https://web.archive.org/web/20131012161237/http://www.arcotriunfal.com/6863/asi_fue_el_famoso_pacto_de_lima_de_1951__1954.html.
- Casas, Diego Alejandro, y Pedro Piedrahita Bustamante. 2021. “Análisis comparativo de la votación de colombianos en Estados Unidos, España y Venezuela (2014–2018)”. *Nuevo Derecho* 17 (28): 1–14.
- Chaves-González, Diego, y Jeanne Batalova. 2023. “Inmigrantes colombianos en los Estados Unidos”. *Migration Information Source*. <https://www.migrationpolicy.org/article/colombian-immigrants-united-states>.
- Cuarta Rodríguez, Pilar. 2021. “El ‘pacto de caballeros’ y otras pruebas del supuesto cartel laboral del fútbol”. *El Espectador*, 29 de noviembre. <https://www.elspectador.com/investigacion/el-pacto-de-caballeros-y-otras-pruebas-del-supuesto-cartel-laboral-del-futbol/>.
- Dubois, Laurent. 2010. *Soccer Empire: The World Cup and the Future of France*. Berkeley: University of California Press.
- El Tiempo. 2012. “La época de El Dorado”. *El Tiempo*, 29 de junio. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7821763>.
- Fischer, Thomas, Romy Köhler, y Stefan Reith. 2021. “Fútbol y sociedad en América Latina: a manera de introducción”. En *Fútbol y sociedad en América Latina*, editado por Thomas Fischer, Romy Köhler y Stefan Reith, 9–11. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert.
- García Márquez, Gabriel. 1967. *Cien años de soledad*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Gómez Valderrama, Pedro. 1983. “Prólogo”. En *El Bogotazo. Memorias del olvido*, de Arturo Alape, XI–XVIII. Bogotá: Planeta.
- Hanks, Douglas, y Ana Claudia Chacin. 2020. “Facing Trial in Colombia, Former President Gets a Street Named for Him in Miami-Dade”. *Miami Herald*, 6 de octubre.
- Herrera, Raúl Mario. 2015. “Historia del fútbol: la huelga de futbolistas de 1948”. *La Izquierda Diario*, 24 de febrero. <https://www.laizquierdadiario.com/La-huelga-de-futbolistas-de-1948>.

- Indepaz (Observatorio de Derechos Humanos y Conflictividades). 2021. “Listado de las 80 víctimas de violencia homicida en el marco del paro nacional con corte al 23 de julio”. 23 de julio. <https://indepaz.org.co/victimas-de-violencia-homicida-en-el-marco-del-paro-nacional/>.
- Infobae. 2016. “Así se votó en el exterior en el plebiscito por la paz en Colombia”. 2 de octubre. <https://www.infobae.com/america/america-latina/2016/10/02/plebiscito-por-la-paz-en-colombia-importante-ventaja-por-el-si-en-los-resultados-del-exterior/>.
- Infobae. 2021a. “Carlos Antonio Vélez le pide al gobierno de Iván Duque que ‘haga respetar al país’ frente a la jornada del paro nacional”. 29 de abril. <https://www.infobae.com/america/colombia/2021/04/29/carlos-antonio-velez-le-pide-al-gobierno-de-ivan-duque-que-haga-respetar-al-pais-frente-a-la-jornada-del-paro-nacional/>.
- Infobae. 2021b. “Carlos Antonio Vélez estalló contra Iván Ramiro Córdoba: lo llamó ‘cobarde’ y explicó por qué dejó de ser convocado”. 24 de julio. <https://www.infobae.com/america/colombia/2021/07/24/carlos-antonio-velez-estallo-contra-ivan-ramiro-cordoba-lo-llamo-cobarde-y-explico-por-que-dejo-de-ser-convocado/>.
- Lozano Villegas, Germán. 2015. “Historia de los partidos políticos en Colombia”. *Via Inveniendi et Iudicandi. Revista de la Universidad Santo Tomás* 10: 11–42.
- Minota Hurtado, José Antonio. 2025. “Las declaraciones de Eduardo Dávila son un ataque a la integridad de la mujer: ex-DT de la Selección Colombia”. *El Tiempo*, 9 de mayo. <https://www.eltiempo.com/colombia/cali/las-declaraciones-de-eduardo-davila-son-un-ataque-contra-de-la-integridad-de-la-mujer-exdt-de-seleccion-colombia-3452368>.
- Neira, Santiago. 2023. “El día en el que los paramilitares jugaron fútbol con la cabeza cercenada de una de sus víctimas”. *Infobae*, 25 de junio. <https://www.infobae.com/colombia/2023/06/25/el-dia-en-el-que-los-paramilitares-jugaron-futbol-con-la-cabeza-cercenada-de-una-de-sus-victimas/>.
- Nobel Prize Outreach. 2016. “El premio Nobel de la Paz de 2016 – Anuncio”. *NobelPrize.org*. <https://www.nobelprize.org/prizes/peace/2016/9363-el-premio-nobel-de-la-paz-de-2016/>.
- Panfichi, Aldo. 2021. “Construyendo el campo sociológico del fútbol en América Latina”. En *Fútbol y sociedad en América Latina*, editado por Thomas Fischer, Romy Köhler y Stefan Reith, 15–32. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert.
- Ramírez H., Clemencia, y Laura Mendoza S. 2013. *Perfil migratorio de Colombia 2012*. Bogotá: OIM.
- Semana. 2014. “James Rodríguez y Juan Manuel Santos”. Fotografía. *Semana*.
- Torrado, Santiago. 2023. “Isabella Echeverri: ‘Las denuncias me costaron mi puesto en la Selección Colombia’”. *El País*, 5 de abril. <https://elpais.com/america-colombia/2023-04-05/isabella-echeverri-las-denuncias-me-costaron-mi-puesto-en-la-seleccion-colombia.html>.
- Tryhorn, David, y Ben Nicholas, dirs. 2021. *Pelé*. Estados Unidos: Netflix.
- Watson, Peter J. 2021. “#VamosColombia: selección, nación y Twitter. El uso de Twitter para el nacionalismo deportivo del presidente Juan Manuel Santos”. En *Fútbol y sociedad en América Latina*, editado por Thomas Fischer, Romy Köhler y Stefan Reith, 187–208. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert.

Notas

1. El documental *Pelé*, de 2021, dirigido por David Tryhorn y Ben Nicholas y distribuido por Netflix, explica muy bien este contexto.
2. Aunque lo afirmado por Dubois atiende exclusivamente al caso de la selección campeona en 1998, también aplica para el caso del equipo de 2018.

3. La información sobre la votación en el plebiscito por la paz los consulados de la ciudad de Miami, y en particular en el de Coral Gables, fue obtenida gracias a solicitud hecha ante la Registraduría Nacional del Estado Civil respondida mediante oficio RNEC-E-2025-088958.
4. De acuerdo con el documento Perfil Migratorio de Colombia 2012, publicado por la OIM (Organización Internacional para las Migraciones), tanto el DANE (Departamento Nacional de Estadísticas de Colombia) como el Banco Mundial identificaron a Estados Unidos, España y la República Bolivariana de Venezuela como los destinos más frecuentes de la emigración colombiana (Ramírez H. y Mendoza S. 2013, 42).
5. Una imagen de los hinchas del equipo Millonarios de Bogotá haciendo el saludo Nazi mientras interpretan el himno de Bogotá puede ser visto en el siguiente link: <https://www.tiktok.com/@eljuanpaas/video/7394422773973601541>
6. El relato del narrador Eduardo Luis López se puede seguir en el link <https://www.youtube.com/shorts/QFkB8kHHSL8>.